

Prólogo

Rory tendió los brazos y ofreció el fardo.

—Oiga, señora, ¿quiere a este bebé? Se lo puede llevar gratis.

—¿De dónde lo has sacado, niña?

—Lo he encontrado... en unos arbustos. Casi no llora. Se porta muy bien, y no tendrá que pagar por él. Se lo lleva y listo.

Pero en lugar de llevarse a su hermano pequeño, la mujer llamó a la policía.

Capítulo 1

Rory estaba borracha y se había ganado el derecho a estarlo. Y todo aquel que quisiera juzgarla podía irse a la mierda.

—Julieta —dijo, y extendió una mano hacia el hombre que había salido al balcón del hotel a su lado—. Julieta Capuleto.

—Darth —respondió él—. Darth Vader.

El tío hablaba con una voz ronca maravillosa y esbozaba una ligera sonrisa, y Rory se sorprendió a sí misma soltando una carcajada.

—Dígame, señor Vader, ¿de verdad es usted tan malvado?

Los labios de él, finos y delicados, se curvaron un poco más.

—Depende de a quién se lo pregunte.

—Se lo pregunto a usted. —Los tres cócteles bien cargados que había apurado de un trago en un intento por olvidar el resentimiento que sentía por haber tenido que asistir a una fiesta en la que no encajaba le facilitaban coquetear con ese tío arrogante, creído y supersexi que tenía las palabras *deportista* y *dinero* escritas en toda la cara, desde el pelo repeinado con gomina hacia atrás hasta su cuerpo atlético y el reloj de marca.

—Me salto las normas de vez en cuando. —Con la punta del índice tocó la flor de terciopelo rojo que llevaba ella en el pelo—. Dígame que en realidad no tiene trece años, señorita Capuleto. —El dedo llegó a su mejilla.

Rory permitió la caricia durante unos segundos antes de beber un buen sorbo de su cuarto cóctel.

—¿Usted qué cree?

—Creo que los trece le quedan un poco lejos ya.

Veintiún años, concretamente, así que ¿cómo iba a ofenderse? Movi6 sus rizos rubios como una profesional hacia ese hombre gigantesco e hipermasculino.

—Correcto. ¿A qué se dedica usted, señor Vader? Cuando no est6 ocupado destruyendo a caballeros jedi, quiero decir.

—A ganar dinero.

—No me diga. —La mirada de 6l era directa y peligrosa, justo lo que ella necesitaba en esos instantes, y gracias al alcohol que le entumecía el cerebro le pareci6 de lo m6s apropiado acariciarle la parte delantera de la camisa—. ¿Alguna idea de c6mo podr6a ganar dinero yo?

—Se me ocurren unas cuantas. —Y le lanz6 una sonrisa petulante de las que quitan el aliento.

* * *

Cuando se despert6, Rory estaba sola, mareada y desnuda, a excepci6n de la flor de terciopelo rojo que llevaba torcida en la oreja, un ligüero negro y unas medias de rejilla. Parpade6 ante la luz de la farola que se colaba por la ventana de una habitaci6n de hotel que recordaba situada en el mismo pasillo que la *suite* de la fiesta. Despu6s de un par de a6os de desenfreno sexual, se hab6a vuelto muy p6cara.

Cre6a recordar haber usado un preservativo, pero quiz6a no. ¿Y si el t6o ten6a una alergia o algo que le imped6a usar condones? La habitaci6n daba vueltas, igual que el est6mago de ella. Rory ya hab6a tenido rollos de una noche —algo que pod6a tachar de su lista de cosas pendientes, aunque nunca hab6a figurado en esa lista—, pero estaba triste y se hab6a comportado como una est6pida, sin ser ella misma, y el cachas millonario que hac6a gala de una arrogancia propia de quienes reciben muchos ha-

lagos le pareció la vía de escape perfecta. Rory no solo lo había consentido, sino que lo había iniciado.

En la fiesta había mujeres guapísimas mucho más jóvenes que ella, todas con vestidos cortitos y zapatos de tacón y melena sedosa y ondulante que intentaba llamar la atención de los jugadores de fútbol americano profesionales presentes. Con treinta y cuatro años, rizos rebeldes y un viejo vestido tipo cóctel que en ese momento formaba un charco negro en el suelo de la habitación del hotel, Rory se había sentido un tanto marginada, y aun así, Vader se fijó en ella.

Apenas recordaba la constitución de *quarterback* de él, su altura ni sus hombros anchos. Su arrogancia de capullo y el pelo engominado deberían haberla ahuyentado. Sin embargo, en su cerebro se encendió un enorme letrero: «Tíratelo». Y así era como se encontraba en una habitación de hotel a las tres de la madrugada, con las tripas revueltas y odiándose a sí misma por haberse acostado con un desconocido que poseía todas las cualidades que más le desagradaban —y que casi con toda seguridad estaría casado—.

Con un gruñido, se tambaleó hacia el cuarto de baño, se apartó el pelo de la cara y vomitó. Se limpió la boca y se echó agua a la cara mientras intentaba no mirar al desastre que le devolvía el espejo, pero no pudo evitar fijarse en el rímel corrido debajo de los ojos, el borrón del pintalabios rojo y la explosión de rizos alrededor de la cara. Por lo menos aún estaba oscuro. Podría escabullirse del hotel con la esperanza de no toparse con nadie.

Estaba torpe y le latía la cabeza, así que tardó una eternidad en volver a vestirse. Cogió el bolso de satén rojo, que era lo único que le quedaba de su madre —«¿Estás orgullosa de mí, mamá?»—, y se dirigió hacia la puerta. Al pasar junto a la mesa de la entrada de la habitación, se dio cuenta de que había algo. Algo que no debería estar ahí.

Cinco billetes de cien dólares.

El desconocido la había confundido con una prostituta.

* * *

La fiesta estaba llegando a su fin. Los miembros del cáterin se habían ido junto al camarero, pero en la *suite* quedaban tres parejas y unos cuantos colgados. Clint Garrett, el cliente más importante de Brett Rivers, estaba sentado en el sofá, solo, con la cabeza entre las manos.

Brett había organizado la fiesta de aquella noche para, en teoría, celebrar el cumpleaños de Clint, pero, en realidad, su objetivo era recuperar su relación, que estaba pasando por un inesperado bache por culpa de un pequeño error de Brett. Y no solía cometer errores. Los errores eran algo propio de los perdedores. También arrepentirse. Los ganadores, en cambio, arreglaban lo que había ido mal y salían más fuertes del proceso.

Brett pensó cómo entablar de nuevo conversación con él. Clint era un cliente modelo: listo y talentoso, con muy buen carácter y un brazo excelente que lo ponía en la misma categoría que Robillard, Tucker, Brady y Manning. Ficharlo como cliente había convertido a Brett en un firme candidato a la vicepresidencia de la empresa CHAMPION, GESTIÓN DEPORTIVA. Todo fue como la seda hasta que Brett advirtió a Clint de que su novia solamente estaba con él por su dinero.

Brett siempre calaba bien a la gente. Lo llevaba en el ADN. Pero esa vez se había equivocado. No solo había malinterpretado a saco la personalidad de Ashley Hart, sino que también había subestimado la profundidad de los sentimientos de Clint. Intentó recular, pero la acusación ya estaba en el aire, y Clint no lo había perdonado, ni siquiera cuando Ashley lo dejó. Brett había insultado a la mujer a la que amaba su cliente.

Y Brett detestaba equivocarse. Iba en contra de su forma de

ser. De los pilares sobre los que había construido su carrera. Y de ahí su insistencia en arreglar el desaguisado.

Las puertas del balcón se abrieron y apareció Darius Beale, un veterano defensa de los Chicago Stars, con el brazo alrededor de la cintura de una morena despampanante de piernas interminables.

—¿Qué pasa, tío? —Darius le hizo el gesto a Brett de levantar el pulgar—. Laila, te presento a mi barracuda personal, Brett Rivers. Es el mejor representante de la liga.

Brett sonrió a la joven, bastante seguro de que no era la misma mujer con la que el defensa había llegado a la fiesta.

—Es fácil hacer bien tu trabajo cuando tienes al gran Darius Beale como cliente.

—¿Ves lo que te decía? —Darius sonrió—. Es un tío rápido e implacable, no tiene piedad. ¿Dónde te habías metido?

—Tenía asuntos que atender. —No hacía falta que su cliente se enterara de que los asuntos de Brett los había protagonizado una mujer de lo más excéntrica con carita redonda, mejillas de muñeca y unos alocados rizos rubios. Últimamente, los servicios de acompañantes de la ciudad ofrecían una gran variedad.

La mujer no encajaba del todo en el molde de las acompañantes de lujo, salvo por esos labios enormes y rojos, y por el ligero de encaje negro. No era una veinteañera que debía pagarse la universidad, un punto a su favor. Seguro que la había cabreado al dejarle solo quinientos pavos, pero era todo el dinero que llevaba encima.

Nunca había entendido la necesidad de pagar para follar con alguien, pero había sido una semana muy dura y había pasado mucho tiempo desde la última vez que pudo incluir a una mujer en su agenda, y algo en ella le llamó la atención al instante.

Laila, la amiguita de Darius, resultaba ser una estudiante de Economía de la Universidad de Chicago. Mientras hablaba con

los dos, Brett seguía vigilando a Clint. A pesar de la presencia de mujeres muy atractivas, la fiesta no lo había animado lo más mínimo. Si acaso, parecía más deprimido todavía, y Brett debía arreglarlo.

Se disculpó de Darius y se dirigió hacia el sofá en el que estaba Clint, que seguía con la cabeza entre las manos. Brett rompió el hielo.

—Las cosas siempre pintan mejor por la mañana.

Clint le lanzó la copa vacía sin siquiera levantar la cabeza.

—Tráeme otra.

A Brett no le gustaba la agresividad de Clint. No le gustaba ni un pelo. Sin embargo, se tragó la dignidad.

—Voy.

Garrett estaba borracho, pero Brett era su representante, no su madre, algo que deseó con todas sus fuerzas haber recordado antes de soltarle a Clint que con casi total seguridad a su querida le importaba más su dinero que el propio *quarterback*. Pero la mujer lo había dejado, subrayando así el error de la acusación de Brett, y Clint estaba embargado por el resentimiento. Perder credibilidad ante un cliente le provocaba un sudor frío. Por el momento, su jefe no se había enterado del problema, y él tenía la intención de evitar por todos los medios que eso cambiase.

Cogió un agua con gas para sí mismo y añadió un poco de *whisky* Glenlivet en el vaso de Clint, además de unos cuantos cubitos de hielo y una generosa cantidad de agua. Al meter un último cubito en la copa de Clint, pensó en «Julietta» y deseó que a esas horas ya se hubiera marchado del hotel, en lugar de haberse quedado en busca de otro cliente.

Había reservado habitaciones extras para invitados a la fiesta que acabaran demasiado perjudicados como para coger el coche hasta casa, pero en ningún momento pensó que fuera a usar una él. Tenía treinta y cinco años, era demasiado disciplinado

como para tener rollos de una noche, y su encuentro con Julieta había sido impropio de él. Pero es que la chica tenía la expresión *pasémoslo bien* escrita en la cara, y Brett estaba bajo muchísima presión. Uno no llegaba a la cúspide de ese gremio dudando de sí mismo, y no pensaba fustigarse por lo ocurrido ni de coña.

Era consciente de sus fortalezas. Quizá era un poco arrogante, pero ¿quién decía que eso era negativo? También era inteligente, decidido y, como Darius había comentado, implacable cuando sabía que llevaba razón. Tenía un instinto muy afilado y trabajaba más y mejor que casi todo el mundo. Nada iba a interponerse en su camino. Antes de que terminara el verano, lo habrían nombrado vicepresidente y el posible sucesor de su jefe en CHAMPION, GESTIÓN DEPORTIVA. Tan solo debía reparar su relación con uno de los principales clientes de la agencia.

Brett llevó la bebida aguada hasta el sofá. Clint la aceptó con un gruñido.

—¿Contento?

—No estoy para nada contento. Sé lo mucho que la querías.
—Algo de lo que ojalá se hubiera dado cuenta antes.

—Aún la quiero. —Clint observó el vaso—. Es guapa y lista. Sabe de deportes, es divertida y se preocupaba por mí como persona, no como jugador de fútbol americano. —Sus ojos se oscurecieron por la rabia—. ¡Mi dinero le importaba una mierda!

Era cierto. Al dejar a Clint, Ashley le había demostrado a Brett que la había juzgado mal. Debería haber sabido que no era quién para meterse en la vida sentimental de un cliente. Ashley estaba buena, era una de las mujeres más atractivas que Brett había conocido, pero percibió un aire de avaricia en ella, de ansia. Aun así, de haber cerrado el pico, no se encontraría en esa posición.

—Me equivoqué. —Las palabras eran veneno en su boca.

—No hace falta que lo jures. Y ahora está saliendo con Karloh

Cousins, que no gana ni la mitad que yo. —Los ojos inyectados en sangre de Garrett adoptaron un destello de mezquindad, una actitud que Brett jamás habría asociado con su cliente—. ¿Los has emparejado tú?

Brett nunca perdía los nervios, tanto daba cuánto lo provocaran, pero a duras penas consiguió no salirse de sus casillas.

—Pues claro que no. —Cousins era un atacante de los Chicago Bulls y un tío estupendo, pero, como Clint había dicho, no estaba para nada en la misma liga económica que él. Brett se sentó en el sofá y se atrevió a poner una mano sobre el hombro fornido de Clint—. Yo solo quiero lo mejor para ti. Ya lo sabes.

—No sabes qué es lo mejor para mí. Pero crees que sí. —Garrett le apartó la mano—. Ashley me quería, pero no pudo soportar la presión cuando la prensa empezó a perseguirla y la gente no paraba de hacerle fotos. Se puso histérica. —La expresión de Clint se volvió más amarga—. Deberías haberte ocupado tú de la prensa. Deberías habérsela quitado de encima.

A Brett le pagaban para hacer más fácil la vida de sus clientes, pero su poder era limitado en lo que respectaba a controlar a los medios de comunicación. Aunque de haber sabido que era un problema, se habría esforzado más.

Clint se frotó la barba, que parecía más la un vagabundo que la de un tío acicalado.

—No la conocías lo más mínimo. Iba a llevarla a Las Vegas y a pedirle que se casara conmigo. Tenía el anillo y todo preparado. Así de serio iba con ella. Me costó un cuarto de millón. —Garrett se pasó el vaso frío por la frente y empezó a hablar arrastrando las palabras—. Un día, Ashley y yo estábamos bien. Y al siguiente, ya no.

—No me gusta verte pasarlo mal.

Clint bebió un buen trago poco a poco.

—Si te equivocaste con ella, ¿con qué otras cosas te habrás

equivocado? —Sin avisar, echó atrás su brazo de treinta y cuatro millones de dólares y lanzó el vaso por la sala. El cristal se hizo añicos al estamparse contra la pared y provocó algún que otro grito ahogado de los demás invitados—. Tú y yo. Una vez rota la confianza, ¿qué nos queda?

El estómago de Brett, que por lo general era de hierro, dio un vuelco. La cosa no iba bien. De hecho, iba peor de lo que había calculado.

Garrett se levantó entre tambaleos y, mientras se dirigía a la barra, lanzó una mirada a Darius.

—¿La has visto irse?

—¿A quién? —Darius apartó la atención del vaso roto.

—A mi hermana.

Un gélido escalofrío recorrió la columna de Brett.

—¿Tu hermana?

Garrett llenó otro vaso de *whisky* hasta los topes, y el líquido se derramó por el borde. Irradiando hostilidad, miró hacia Brett.

—Antes te he visto hablando con ella. ¿Adónde se ha ido?

El destino no podía ser tan hijo de puta. No con él. Era Brett Rivers, un tío rápido e implacable. Nunca la cagaba.

—He hablado con un par de mujeres. No sé a cuál... —Pero sí lo sabía, y el escalofrío se convirtió en una jarra de agua.

—Pelo rubio rizado, vestido negro rarísimo. —Clint bebió otro trago de *whisky*—. Se comportaba de forma extraña. No suele beber. Odia este tipo de fiestas. No le caigo demasiado bien. Solo ha venido porque es mi cumpleaños y la obligué.

Un gélido temor lo inundó por dentro. Con cuidado para que no pareciera que tenía prisa, se levantó del sofá y se encaminó hacia la puerta. Nunca hay que mostrar debilidad. Siempre hay que tener el control.

—Voy a echar un ojo a ver si sigue en el hotel. —A ver si seguía en la habitación en la que él había dejado quinientos dólares.

Dobló el recodo del pasillo. Si Garrett se enteraba de lo ocurrido, lo despediría. En cuanto al jefe de Brett... Como supiera que se había acostado con la hermana de uno de los clientes más importantes de la agencia, ya podía despedirse de su carrera.

Empezó a sudar. Siempre tenía cuidado. Siempre lo planeaba todo. Lo analizaba con antelación. Se posicionaba donde quería. No podía estar pasándole eso. A él no.

Aceleró el paso hasta que prácticamente estaba corriendo. Hacía poco que la había dejado en la habitación. Seguro que seguía dormida. Y arreglaría el lío. Se guardaría el dinero en el bolsillo y se iría sin despertarla.

Pero ¿y si se despertaba? Entonces, ¿qué?

Ya se le ocurriría algo. Siempre se le ocurría algo. Haría lo que tuviera que hacer. Lo que fuese necesario. Fracasar no era una opción. Él nunca había perdido a un solo cliente, y no tenía ninguna intención de comenzar a hacerlo.

Le costó meter la tarjeta en la ranura, pero al final consiguió abrir la puerta.

La cama estaba vacía, pero el dinero seguía ahí. Todos los billetes estaban rasgados por la mitad.

* * *

Rory bajó a toda prisa las escaleras del edificio Ravenswood de tres plantas donde llevaba seis meses viviendo. En una mano sujetaba la última infracción que le había comunicado la ciudad de Chicago. Atravesó el descansillo, dejó atrás la puerta del piso de Ashley de la segunda planta y tomó otro tramo de escaleras hacia la planta baja, donde vivía su casero. Al fondo del pasillo, abrió la puerta mosquitera.

Aquella mañana de junio ya hacía mucho calor, un mal presagio para el verano que se avecinaba. Sus zapatillas tamborilearon sobre el suelo de madera del porche. Saltó desde el primer

escalón, esquivó una espantosa rana verde de cerámica y corrió por delante del huerto del señor Reynolds rumbo al viejo garaje de madera que se había visto obligada a alquilar por cien dólares más al mes.

Cinco veces cien dólares equivalía a quinientos dólares, la cantidad exacta que tres noches antes aquel gilipollas le había dejado en la habitación de hotel.

Cuando pensaba que ya no podía cagarla más, conoce en una fiesta a un tío muy sexi y, en un arrebato de ebriedad, tristeza y falta de juicio, decide que es una idea estupenda darse un revolcón con él. Últimamente se había topado con demasiados gilipollas, y la única culpable era su maldita falta de juicio.

Metió la llave en la cerradura y abrió de un empujón la puerta lateral y combada del garaje. Con un chirrido, apareció ante ella el Palacio Real del Dulce, una vieja gastroneta de color rosa y lila. Por lo menos el capullo de Jon no se había largado con su camioneta.

Bajo la luz tenue que entraba por la ventana del garaje, cubierta de telarañas, se quedó mirando el sobre que llevaba en la mano. Procedía de Chicago. Su supuesto socio había garabateado un par de frases en el dorso. «Me piro de la ciudad. Demasiadas normas, joder».

En el interior del sobre había una citación judicial por haber violado una de las rígidas leyes de Chicago sobre la venta de comida en la calle. La primera multa les había costado mil dólares. La segunda iba a costarle dos mil a ella sola.

Antes de haberse mudado de Manhattan a Chicago, antes de que hubiera invertido todos sus ahorros en la gastroneta que Jon había encontrado en eBay, Rory debería haberse acordado de la fea costumbre de su antiguo compañero de piso, que solía embarcarse sin parar en nuevos proyectos que abandonaba en cuanto perdía el interés.

Abrió la puerta rosa y lila del copiloto del Palacio Real del Dulce, entró en el vehículo y se retorció hasta sentarse en la hendidura con forma de culo del asiento del conductor. ¿De dónde iba a sacar dos mil dólares? Ya trabajaba doce horas al día y seis días a la semana. Como Jon se había largado, iba a tener que trabajar los siete días.

En el otro lado del parabrisas, se encendió la bombilla del techo del garaje, y Ashley Hart apareció en el sombrío garaje como una reina en la casa de un ciudadano cualquiera. Preciosa, carismática y egocéntrica, Ashley Hart tenía veintiséis años, el pelo rojizo y sedoso, tetas grandes, piernas interminables y risa ronca. No era de extrañar que todos los hombres a los que conocía cayeran rendidos a sus pies, incluido el hermanastro de Rory.

Rory quería ocultarse. Ashley no sabía hasta qué punto había traicionado su amistad, y no quería tener que enfrentarse a ella. No podían ser más diferentes, y Rory dudaba de que hubieran llegado a ser amigas si Ashley tuviera otra y si ella no hubiese estado tan sola ni tenido tantas ganas de compañía femenina después de haberse mudado a Chicago. Ashley era superficial y narcisista, pero se había criado allí. Fue generosa con su tiempo y le enseñó a Rory la ciudad y a orientarse un poco.

—Por fin te encuentro —dijo Ashley con su voz gutural. Se detuvo delante de la puerta abierta de la camioneta, pero no se subió. La realeza solo se montaba en carruajes, no en gastrone-tas de mierda. Con su desconcierto habitual, se quedó mirando los pantalones cortos amarillos de Rory y su vieja camiseta de Scooby-Doo. A ella le gustaba vestirse así, por más que su malvada madrastra y Ashley lo detestaran. Las prendas que encontraba Rory en sus visitas a tiendas de segunda mano (algunas *vintage*, otras baratas sin más) le permitían vestirse con conjuntos muy interesantes sin invertir una fortuna.

Ashley meneó su larga melena de anuncio de champú.

—¿Qué haces ahí sentada, corazón? —Todo lo que decía Ashley sonaba seductor, incluso cuando le pedía a Rory que le diera de comer al gato.

—Jon se ha ido —respondió Rory—. Me daba miedo que se hubiera largado con la camioneta.

—Que Jon se haya ido es maravilloso. —Los labios perfectos de Ashley formaron un mohín—. Te puedes dedicar a algo muchísimo mejor que a vender caramelos baratos en una gastrone-ta. Jon era un perdedor.

Ashley lo supo ver desde el principio y Rory debería haberle hecho caso antes de gastarse sus últimos ahorros en abastecer las estanterías con una nueva remesa de caramelos, chicles y polvos picapica. Iba a tener que buscar dónde tendrían lugar los próximos partidos de béisbol para aparcar cerca, así como localizar más festivales callejeros y piscinas. Le tocaría trabajar más horas. Tal vez incluso pudiera convencer al señor Reynolds de que le prorrogara el contrato de alquiler, pero ¿y después qué?

Ashley, que seguía de pie en el agrietado suelo de cemento, apoyó uno de sus elegantes brazos en la puerta de la camioneta y ladeó la cabeza para que el pelo le cayera en una perfecta cascada sobre el hombro.

—Anoche volví a salir con Karloh Cousins.

La tranquilidad con la que Ashley había pasado de Clint, el hermanastro de Rory, al jugador de baloncesto debería justificar lo que había hecho Rory, pero Clint estaba destrozado y ella, cada vez más preocupada por él. No le había cogido el teléfono en los tres días que habían pasado desde la fiesta de cumpleaños, cuando Rory se había acostado con un desconocido.

—A Karloh le encantaron las trufas de chocolate que me diste —añadió con su carisma seductor e innato—. ¿Podrías preparar unas cuantas más, porfa?

¿Cómo iba alguien a resistirse a Ashley cuando ponía esos oji-

llos de Bambi, como si la otra persona fuera la más fascinante de todo el planeta?

—Y ¿a lo mejor podrías poner el logo de los Bulls encima?

A Rory no le apetecía desprenderse de otra tanda de sus trufas de chocolate y chile, y mucho menos añadirles encima el logo de los Chicago Bulls, pero traicionar a la única amiga que había hecho en los seis meses que llevaba en la ciudad requería algún tipo de penitencia.

—La semana que viene las preparo.

—¡Eres la mejor! —La frente lisa de Ashley se arrugó con un encantador ceño fruncido—. Odio tener que pedirte, pero te querré eternamente si se las puedo dar mañana.

—Claro. —Vivir con la culpa era una auténtica putada.

—La puerta de tu piso no estaba cerrada con llave, y sabía que no te importaría, así que te he cogido prestado el bolsito retro, que hace juego con mi vestido negro. —Ashley se la quedó mirando con aire malévolo—. A Karloh le encantan las prendas ceñidas. A Clint también. —Durante una fracción de segundo, Ashley pareció enternecerse. Quizá sí que se había enamorado. Pero el amor no era lo que motivaba a su amiga. O quizá Rory había cometido un error colosal al meterse por medio.

Cometer errores era lo que mejor se le daba. Confiar en Jon, mentirle a Ashley y traicionarse a sí misma acostándose con un rico jugador de fútbol americano que le había dejado dinero en la mesita de noche. Como no iba a tener que verlo nunca más, tarde o temprano pasaría página de ese error, pero los otros no se esfumarían con tanta facilidad. ¿Quién era ella para jugar a ser Dios con las vidas de los demás, sobre todo cuando la suya se desmoronaba?

Ashley se recompuso enseguida.

—Me tengo que ir. Gracias por el bolso, corazón. —Con un sa-

ludo rápido, una sonrisa radiante y un meneo de su espectacular melena, Ashley se marchó del garaje.

Una vez más, Ashley la había manipulado. Sabía con creces que Rory no le dejaría así como así el bolso de su madre, así que había entrado en su piso y lo había cogido. Siempre que Rory abría el bolsito de satén rojo, se imaginaba que dentro aún perduraba el olor del perfume de su madre. Pero Ashley siempre conseguía lo que quería, ya fuera un bolso, unas trufas de chocolate artesanales o un atleta rico.

Rory clavó la mirada en el sucio parabrisas. Cuando murió su madre, ella tenía solo cinco años, y ya no estaba segura de qué recuerdos eran reales y cuáles había creado ella con el tiempo. Menuda ironía. Dos años atrás, al fallecer su padre de un infarto, se quedó triste y sorprendida, pero como él siempre fue una persona emocionalmente distante, por quien más lloraba Rory era por su madre.

No podía quedarse ahí sentada, compadeciéndose de sí misma, solo porque su vida no iba a ninguna parte. Tenía que encontrar a Clint. Hablar con él. Asegurarse de que estaba bien, porque la última vez que lo había visto no se lo había parecido. Y debía ir a trabajar.

Cuando se giró para bajar de la camioneta, vio algo en lo que no se había fijado al subirse.

Las estanterías que hacía nada había llenado con caramelos y chuches estaban vacías. Antes de marcharse por patas, Jon se lo había llevado todo menos la camioneta.